

dad del retiro cuando conoció que su estrella se eclipsaba.

Necesitando ambos de alianzas, era en esto Carlos mas político y mas mañoso que Francisco: escrupuloso ninguno. Francisco quiso ser un caballero de la edad media, y el siglo le enseñó que aquellos tiempos habian pasado. Carlos representaba ya al monarca de los tiempos modernos, y poseia la política de gabinete. Descubriáse en las miras del emperador, justas ó injustas, otra grandeza, otra elevacion que en las del monarca francés. Francisco hubiera podido contentarse con dominar en los estados cuyos derechos reclamaba: Carlos, si no abrigó el pensamiento de la monarquía universal, aspiró por lo menos á la unidad religiosa. El emperador sin la oposicion del monarca francés hubiera podido dominar la Europa, y aun asi lo hubiera hecho acaso, si la casa de Austria no se hubiera dividido en dos ramas: el monarca francés aun sin la oposicion del emperador probablemente no hubiera tenido la audacia de intentarlo. Cuando Francisco escribió las memorables palabras: *«Todo se ha perdido menos el honor,»* parece que añadió, aunque entonces no se dijo: *«y la vida que se ha salvado.»* Y cuando libre de la prision de Madrid pisó de nuevo el territorio francés, saltó y corrió como un muchacho exclamando: *«ya soy otra vez rey de Francia.»* Carlos recibió por lo menos con apariencias de fría serenidad y circunspeccion la noticia de

la victoria de Pavía, como aquel á quien ni sorprenden ni alteran los triunfos.

El caballero francés, galante y guerrero, llamó á su córte á las mugeres, y entregándose á favoritas y cortesanas descontentaba á sus generales, que pasaban al servicio de su cauteloso rival, que sabia atraerse el afecto de propios y estraños. Asi abandonó á Francisco el condestable de Borbon, único traidor, dicen, que han tenido los Borbones en su dinastía: asi el almirante Doria, aquel famoso genovés que ayudando á establecer el despotismo en otras naciones supo dar la libertad á su patria. Ambos hicieron servicios eminentes al emperador, á quien permanecieron fieles ¡cosa estraña! hasta los tráfugas que se le habian adherido haciendo traicion á su patria y á su rey.

Las guerras entre Carlos V., Francisco I. y Enrique VIII. vinieron, á vueltas de sus muchas calamidades, á hacer un bien á la Europa, porque multiplicaron y difundieron las ideas confundiendo los pueblos, y produjeron la necesidad del sistema de equilibrio entre los grandes estados, que tanto influjo habia de ejercer en el derecho de gentes de las naciones modernas.

Pero faltó poco para que estas luchas entre príncipes cristianos proporcionáran al turco apoderarse de Italia. Carlos V. combatiendo á Soliman y á Barbaroja, impidió á la media luna enseñorearse de Nápoles,

y á las hordas de un pirata acabar de despojar el Vaticano. Oprimiendo la Italia, tuvo por lo menos el mérito de salvar la Europa, aunque á costa de los tesoros de sus reinos y de la sangre de sus súbditos.

En este período brillante y sombrío de la historia de la humanidad viéronse muchos héroes y muchos malvados, grandes proezas y grandes perfidias, alianzas anómalas, rompimientos injustificables, y deslealtades diarias, y Maquiavelo pudo quedar satisfecho de ver los progresos de su política. A pesar de la repetición de escándalos, todavía el mundo no pudo dejar de escandalizarse en ocasiones solemnes. El gran protector del catolicismo retenia prisionero al gefe de la iglesia, y mandaba hacer rogativas públicas por la libertad del pontífice. El rey cristianísimo se confederaba con los reformistas y se aliaba con los mahometanos contra el gefe de la cristiandad y contra el campeón de la unidad católica. Roma era saqueada por un ejército católico mandado por un traidor político, cuyos soldados llevaron la rapiña y la profanación hasta un punto que hizo tener por moderados y prudentes á los bárbaros de Alarico. Y un rey de Inglaterra, el primero que escribió un libro de denuestos contra Lutero y la reforma, se apartaba él y apartaba á su reino de la obediencia al romano pontífice, y traía un nuevo cisma á la cristiandad por los amores impúdicos de una muger.

La reforma religiosa fué un acaecimiento mas tras-

cidental en esta época que las revoluciones políticas. Lutero adquirió una celebridad é importancia que no merecia ni por sus talentos ni por sus virtudes, pues carecia de estas y no eran eminentes aquellos. Faltó prudencia á la corte de Roma, y la opinion de muchos pueblos y de muchos hombres no habia necesitado sino de una voz atrevida que la formulára. De otro modo no hubiera podido el fraile de Witemberg conmover los estados alemanes, y él mismo debió asombrarse de haber llegado á asustar al mundo católico. Carlos V. se propuso hacer frente al predicador y á sus doctrinas. Impulsábanle á ello sus ideas religiosas y le iba la conservacion de sus dominios. El francés y el turco le distraian y embarazaban, y los papas no le ayudaron bien. Por otra parte, ni bastante condescendiente con los reformadores para atraerlos por la dulzura, ni bastante riguroso para dominarlos por la fuerza, hubo de entablar con ellos aquella série de negociaciones pesadas que abarcan desde la dieta de Worms hasta el concilio de Trento. Al decreto de Spira contra la reforma respondia la protesta de los cinco grandes príncipes y de las catorce ciudades del imperio que los señaló con el nombre de *protestantes*. Al de la confesion de Augsburgo respondia la liga de Smalkalda; y con el famoso *Interim* de Ratisbona no satisfizo el emperador ni á protestantes ni á católicos. La reforma le gastó mas fuerzas que las guerras, y la espada de un príncipe luterano fué

la que le dió el mas funesto golpe. La cuestion religiosa llenó la Europa de sangre y la dejó para mucho tiempo dividida en dos grandes fracciones, protestante y católica. España se preservó del contagio. Hízolo con las armas Cárlos V., y con las hogueras los inquisidores. España se aisló del movimiento europeo.

No hay duda que la reforma imprimió una nueva fisonomía á la sociedad moderna que se creaba. Los protestantes la han mirado como una feliz insurreccion de la inteligencia contra el poder absoluto en el órden espiritual, como una poderosa tentativa de emancipacion del espíritu humano, y la hacen como la madre de las libertades políticas. Los católicos niegan que el protestantismo haya emancipado los pueblos, atribúyente haber dividido los hombres sin mejorar la sociedad, y esperan que la doctrina de Lutero con todas las variaciones que descubrió Bossuet y que despues se han añadido, sucumbirá como el error de Arrio y como el catecismo de Mahoma. Si no nos equivocamos, en nuestra misma edad se notan síntomas de ir marchando este problema hácia su resolucion, El catolicismo gana prosélitos: los protestantes de hoy no son lo que antes fueron, y creemos que la unidad católica se realizará.

Contra el fraile aleman se levantó entonces un caballero español. Al enemigo audaz del pontificado se opuso un papista decidido y animoso. Presentóse Ignacio de Loyola á combatir á Martin Lutero, y contra

la reforma del fraile de San Agustin estableció la compañía de Jesus, milicia destinada á pelear á favor de la Santa Sede, obligándose á ello con el voto de obediencia, lo cual valió á los jesuitas de parte de los protestantes el nombre de genízaros del papa. Comenzó la reaccion religiosa, y la gran cuestion de concilio de Trento preocupó á los pontífices que se fueron sucediendo, y sobrevivió á Cárlos V., el cual ofreció el fenómeno de ser mas conciliador que los papas mismos.

Afortunadamente, y por la vez primera, no fué ahora España el campo en que se ventilaron las grandes cuestiones religiosas, políticas y militares que cubrieron de sangre y luto la Europa. Sufrieron mucho Francia, Alemania y Hungría, pero la víctima sacrificada á las ambiciones de todos fué la desgraciada Italia. Teatro nunca vacante de sangrientas lides, saqueábala el turco por la costa, mientras en el interior la devastaba la soldadesca cristiana, franceses, flamencos, alemanes y españoles, gentes de diversas religiones y distintas lenguas, que hormigueaban allí como nubes de langostas talándola á quien mas podia, todos licenciosos, católicos y protestantes. No pensaría aquel bello pais que habia de tener que sufrir una invasion de pueblos civilizados que le recordára los horrores de la irrupcion vándala.

Vengamos á los últimos momentos del gran Cárlos V., el protagonista de aquel vastísimo drama de

luchas, de batallas, de alianzas, de negociaciones y de tratados, en que no hubo estado grande ni pequeño que se librara de tomar parte, y que fué como la fermentacion por que pasó la sociedad humana para entrar en un nuevo período de su vida.

Aquel hombre infatigable, que en cuarenta años de imperio habia estado nueve veces en Alemania, seis en España, cuatro en Francia, siete en Italia, diez en los Países-Bajos, dos en Inglaterra, otras dos en Africa, que habia atravesado once veces los mares, y que, nuevo Atlante, sostenia sobre sus hombros el peso de dos mundos, sintiéndose debilitado de cuerpo y de espíritu, y no pudiendo ya inspeccionar personalmente sus inmensos dominios, determina retirarse á acabar tranquilamente sus dias en el silencio y soledad de un claustro, en esta misma España, principio y fundamento de su colosal poder: trasfiere á su hijo Felipe las coronas de Flandes y de España con todos sus territorios del antiguo y del nuevo mundo, y el agitador de Africa y Europa, aquel á cuya presencia temblaban los reyes y se estremecian los reinos, se abisma espontáneamente, y pasa desde el solio mas alevado de la tierra á sepultarse en la humilde celda de un solitario monasterio.

Seguirémosle en nuestra obra hasta sus últimos momentos, hasta su muerte ejemplarmente cristiana y religiosa; y guiados por la luz de auténticos é irrecusables documentos, rectificaremos los errores é ine-

sactitudes que acerca de la vida de Carlos V. en Yuste han consignado casi todos los historiadores que nos han precedido, y daremos á conocer con verdad los pensamientos que preocupaban al grande hombre en su retiro.

En 1556 era rey de España Felipe II.

## XII.

Aun desmembrada la corona imperial que heredó de Carlos V. su hermano Fernando, quedada todavía Felipe II. el soberano mas poderoso de Europa, y su matrimonio con María de Inglaterra le daba ademas gran mano en aquel reino.

Entre el padre y el hijo absorben casi todo el siglo XVI., pero le imprimen distinta fisonomía, porque no se asemejan en índole y en carácter. Asi, dotados ambos de talento claro y de perspicacia suma, abrigando en mucha parte los mismos designios, constituyéndose uno y otro en representantes del catolicismo y de la unidad religiosa, difieren grandemente en la política y en los medios. Flamenco y educado